

DICTADURAS LATINOAMERICANAS¹

Alejandro Arratia²
ESCUELA DE PSICOLOGÍA, UCV

Resumen:

Las mismas viejas fórmulas redentoras embalsamadas con encendida defensa de la democracia es la cara que nos muestra ahora el caudillismo. Sus líderes conservan el discurso antiimperialista, anti-oligarca, estatista, tercermundista de los siglos XIX y XX, y una novedad impensable en el populismo tradicional: llegan a declararse comunistas, seguidores del marxismo-leninismo y del modelo cubano. Promueven elecciones, hacen constituciones y mantienen la apariencia de la separación de poderes. Lo que algunos analistas llamaron –superficial y apresuradamente– “la hora de la izquierda” nunca fue tal cosa, el modelo se ha estancado pero las condiciones que facilitaron el ascenso del autoritarismo están aún presente en algunos países de Latinoamérica.

Palabras claves: Dictadura, democracia, autoritarismo, comunismo, América Latina.

INTRODUCCIÓN

En la segunda mitad del siglo XX los acontecimientos que aceleraron la transformación político social del planeta colocaron a los intelectuales latinoamericanos ante el dilema de reconstruir la explicación sobre “la brecha que separa a Latino América del mundo desarrollado”. Las viejas elaboraciones fueron reordenadas sin abandonar el relato de la inferioridad tecnológica, industrial y económica, ni la tesis de nuestra superioridad moral y de recursos naturales. La implosión del comunismo real desmoronó las utopías, pero el impacto inesperado no produjo una ruptura con la tradicional manera de comprender la sociedad, inexplicablemente, persisten los razonamientos sobre dos siglos de coexistencia erizada de dificultades.

La resistencia a cambiar la visión de la historia política para revisar sin prejuicio las teorías del desarrollo latinoamericano constituye un lastre en la comprensión de las profundas causas de la situación presente y, en consecuencia, de las vías adecuadas para superarla. El obstáculo debe ser teóricamente derro-

¹ Las ideas fundamentales del artículo se tomaron del material de apoyo elaborado por el autor para intervenir en la mesa redonda *Democracia y Autoritarismo en América Latina y el Área Mediterránea*. XIV Congreso de la Federación Internacional de Estudios de sobre América Latina y el Caribe (FIEALC), Atenas octubre 2009; la participación en este congreso contó con el apoyo del CDCH.

² aarratia2@cantv.net

tado para abrir paso a nuevos diseños de modernización. Nos preocupa el manido tema de “la brecha que se ensancha cada vez más”, pues en oposición a la idea de que esto se debe a las relaciones dependientes, participamos de la corriente de pensamiento que indaga en nuestro pasado las falencias congénitas y factores internos que promovieron el estancamiento. Las influencias de la colonización marcaron esta parte del mundo –ni época dorada ni demonización– ayer como hoy presenciamos desventajas entre espacios de desarrollos desiguales, pero cabe preguntar si doscientos años no deberían ser suficientes para decidir soberanamente el destino de cada nación; y procede afirmar también que, la mundialización es un universo de oportunidades como lo están demostrando los países que han sabido aprovecharla en América Latina y en el mundo.

Roto el vínculo colonial casi ningún país tuvo capacidad de reorganizarse y estabilizar las instituciones republicanas. Los siglos XIX y XX se caracterizaron por constituciones de corta duración, caudillismo, golpes de estado, dictaduras y, en general, gobiernos autoritarios. Los guías intelectuales de la independencia conocían muy bien los modelos constitucionales y de organización social de Europa y los Estados Unidos, eran críticos y atentos admiradores de sus virtudes, propusieron trasladar aquellos contenidos a las naciones en formación, pero la estructura colonial centralizadora con instituciones gubernamentales impuestas y vigiladas por la Corona bloqueó la formación de instituciones que respondieran a las necesidades del nuevo mundo³. Cuando la monarquía perdió la capacidad de control en las colonias lo que hubo fue improvisación. Las estructuras jurídicas en su mayoría de orientación liberal estaban en las cabezas de las elites cultas, mientras la sociedad concreta seguía su propio camino. La separación fue militarmente cruenta y culturalmente traumática, un proceso violento del cual surgieron instituciones improvisadas, que no eran el resultado de prácticas políticas maduras en esta sociedad. Los límites físicos de los nuevos países respondieron fundamentalmente a los sueños y caprichos, así como a la

³ “En el caso de los Estados Unidos, la Constitución encarnó la herencia de las normas políticas y económicas de Inglaterra, y posteriormente coloniales, complementadas por un modelo ideológico congruente con los problemas en cuestión. En el caso de Hispanoamérica se impuso un conjunto ajeno de normas sobre una herencia muy antigua de controles burocráticos centralizados y de percepciones ideológicas correspondientes. En consecuencia, los esquemas federales latinoamericanos y los esfuerzos de descentralización no funcionaron recién declarada la independencia. La reversión gradual, país por país, al control centralizado burocrático caracterizó a Hispanoamérica en los siglos XIX y XX. La persistencia de la pauta institucional que había sido impuesta por España y Portugal siguió desempeñando un papel fundamental en la evolución de las políticas latinoamericanas y en sus percepciones, así como en cuanto a distinguir y diferenciar la historia de este continente, a pesar de imposición después de la independencia de un conjunto de normas similares a las de la tradición institucional inglesa que dieron forma a la vía de los Estados Unidos” (North, 2001: 134-135).

destreza militar y voluntad de organizar de los Padres-de-la-Patria. Caudillos de la independencia y otros caudillos cultivados en centenares de guerras posteriores asolaron de norte a sur el territorio, ejercieron en el siglo XIX el papel de hombres fuertes capaces de contener la anarquía y el desorden. El caudillismo resultó una forma de gobierno negadora del ideal de las Repúblicas Constitucionales diseñadas por los pensadores republicanos y nos legó hábitos políticos suficientes para que prosperaran dictaduras de todo signo.

Al siglo de guerras civiles y caudillos a caballo, le sucedió otro de líderes populistas de tribuna y micrófono, que prolongaron a su manera los desgobiernos postcoloniales. A casi todos los demagogos les llegó el momento en el cual perdieron el apoyo de las fuerzas armadas y éstas procedieron a sustituirlos por "dictaduras que sí conocían la solución de los problemas". Las juntas militares terminaron profundizando las crisis en el continente. Una historia de hombres providenciales, de autoritarismo y demagogia. Los intermedios democráticos resultaron insuficientes para erradicar costumbres ancestrales y educar a generaciones de ciudadanos en el respeto a la constitución y el ejercicio democrático. Las doctrinas autoritarias de colores y contenidos opuestos sólo en apariencia encuentran un ambiente propicio para prosperar en los diversos sectores sociales y en las elites dirigentes. Las democracias latinoamericanas no levantan barreras altas que las protejan contra el despotismo, ni combaten a tiempo las propuestas de esquemas que llevan necesariamente a soluciones totalitarias escudadas en críticas al funcionamiento deficiente de la democracia representativa.

DICTADURA TRADICIONAL

"Dictadura quiere decir, para nosotros, una forma de Estado y una estructura del poder que permite su uso ilimitado (absoluto) y discrecional (arbitrario). El Estado dictatorial es un Estado no constitucional, un Estado donde el dictador viola la Constitución, o donde él mismo redacta una Constitución que se lo permita todo, Por un motivo o por otro, el dictador está *legibus solutus*. (...) En la dictadura simple, el poder se ejerce mediante los instrumentos coercitivos normales del Estado empleados de modo 'anormal' (fuera de la norma)" (Giovanni Sartori, 2007).

En tiempos de la Guerra Fría la característica de Latinoamérica era la dictadura militar. Algunas frases dan idea de la homogeneidad política del período con frecuencia señalado simplemente como la "Década de los 50", porque coincidían en la jefatura el conjunto de mandones entonces determinantes en la orientación ideológica del continente. Realmente los lapsos en varios casos superan esos dos lustros, cabe destacar que la familia Somoza controló Nicaragua con mano férrea por tres generaciones, 42 años (1937-1980). Alfredo Stroessner gobernó en Paraguay de 1954 a 1989, lo hizo convencido de estar al frente de su hacienda privada. Juan Domingo Perón ocupó la jefatura del gobierno argen-

tino desde 1943 a 1955, desalojado del poder por un golpe militar, salió al exilio y regresó 18 años después; fue reelecto para un tercer período (1973-1979) que no pudo terminar. Murió el 1ro. de julio de 1974, mas el peronismo aún carcome la sociedad argentina. Manuel Odría presidente del Perú (1948) por la conocida vía del golpe de estado, sorpresivamente convocó elecciones en 1956, las perdió y entregó la presidencia. En Colombia, la dictadura de Gustavo Rojas Pinilla se extendió de 1953 a 1957. En Venezuela el Cnel. Marcos Pérez Jiménez lideró el golpe de estado en noviembre de 1948, compartió la dirección del país hasta 1952 y desde ese año ejerció una dictadura personalista luego derrocada por un movimiento cívico militar en enero 1958. En Cuba, Fulgencio Batista dio un golpe de estado en 1933, fue 'elegido' para el período 1940-1944 y regresó con otro golpe en 1952-1954. Batista prolongó con unas 'elecciones' su estadía al frente del gobierno desde 1955 hasta 1958. Rafael Leónidas Trujillo Molina, 'Chapita', 'el Chivo', dominó República Dominicana desde 1930 a 1961. La lista de las dictaduras, con la honrosa excepción de Costa Rica que abolió el ejército el 1ro. de diciembre de 1948, abarca toda Latinoamérica (sobrepasa los propósitos de estas páginas una exhaustiva revisión o sólo el intento de hacer referencias completas de las tropelías de los dictadores).

En los años sesenta, los autoritarismos y la idea misma de dictadura, es decir, la militarización de la política y la concentración total del poder en la persona del dictador, cedieron su hegemonía a un nuevo pensamiento y a su concreción política en gobiernos democráticos representativos; es cierto que con perfiles propios en cada país, pero observando condiciones mínimas exigidas: elecciones, separación de poderes públicos, respeto a los derechos humanos, libertad de asociación y de prensa. El sistema dominante en el mundo era por fin aceptado y las dictaduras estigmatizadas. Una larga historia, tan prolongada como la vida misma de las repúblicas independientes, plagada de caudillos y hombres fuertes de todo pelaje, daba señales de estar concluyendo.

Las señales conducían a un espejismo. En Cuba el movimiento revolucionario ocupó el poder (1ro. de enero de 1959) e inició la transformación violenta de la sociedad. Un proceso que en cincuenta años cambia de intensidad pero nunca se ha detenido, pues logró imponer a su población la miseria, el más absoluto control policial y la entronización del miedo. El régimen decidió el 16 de abril 1961 tomar partido en la Guerra Fría, declarando el carácter socialista de la revolución, una audaz maniobra de política internacional que dejó a la isla bajo la protección nuclear de la URSS y fortaleció a Cuba como un centro de conspiración contra la democracia. Asumieron el papel de intermediarios en el apoyo y financiamiento del bloque comunista a todos los movimientos anti-norteamericanos y desarrollaron una extensa acción de propaganda y entrenamiento de guerrilleros, así como la preparación y ejecución de invasiones. De la mano del gobierno cubano participaron la mayoría de las naciones latinoameri-

canas en el caliente escenario de la guerra fría, con el plus –quizás ese agregado fue lo decisivo– de la estrategia fidelista de estimular y ejecutar por todos los medios posibles y a cualquier precio, el terrorismo y la subversión con la finalidad de sumar en este lado del mundo occidental, otras naciones comunistas y levantar un escudo defensor de la revolución cubana.

En ese empeño una y otra vez encontraron la derrota. Venezuela fue el objetivo más importante, pero el presidente Rómulo Betancourt, electo a finales de 1958, peleó al mismo tiempo en los dos frentes contrarios a la civilización, Trujillo y Fidel Castro, los tiranos más poderosos del momento, y salvó la democracia venezolana. Trujillo organizó y financió un atentado en junio de 1960 y casi logra el objetivo de asesinar a Betancourt que salió gravemente herido. Castro mantuvo la lucha con invasiones, focos guerrilleros e incluso dos grandes choques entre verdaderas fuerzas militares en ciudades portuarias con bases navales. En 1963, cuando terminó el período presidencial de Betancourt, la subversión en Venezuela estaba política y militarmente derrotada. Cada país latinoamericano tiene una historia semejante de intervencionismo fidelista con apenas matices, siempre el mismo objetivo y, al final, los mismos resultados.

En la década de los setenta los militares convencidos de la superioridad castrense y guiados por la Doctrina de la Seguridad Nacional, intentaron reestructurar el Estado, superar los problemas económicos y reordenar la sociedad en su conjunto. Países como Chile, Argentina, Bolivia, Brasil y Uruguay, sufrieron una represión muy violenta dirigida a eliminar partidos y cualquier tipo de organización social, e indiscriminada para sembrar el miedo en toda la población. El terror de estado dejó miles de asesinados, desaparecidos, torturados, presos y exiliados. La represión contó con coordinación internacional, el tristemente conocido y temido Plan Cóndor, un programa para el intercambio de información, eliminación o prisión de personas consideradas enemigas de los regímenes autoritarios de la región. Los primeros llevados al sacrificio fueron los partidos, las actividades que tuvieran indicios de influencia política y los procesos electorales. Reinó en aquellos años una doctrina de violación sistemática de los derechos humanos. Civiles, políticos, intelectuales y sospechosos de cualquier tipo fueron desaparecidos, eliminados o silenciados. Los militares aseguraron desde el poder ejecutivo el dominio sin cortapisas del poder judicial y el parlamentario, también el control absoluto de los gobiernos locales, eliminaron la vida política y suspendieron las garantías individuales.

Brasil por razones internas había iniciado con anterioridad esa fase oscura de la historia latinoamericana. El 31 de marzo de 1964 un golpe de estado acabó con la democracia y colocó en el mando la Junta Militar presidida por Humberto Castello Branco. Sucesivos gobiernos militares se alternaron en la dirección del Estado brasileiro por más de 20 años, dos décadas de represión y fracasos en

todos los proyectos económicos hasta 1985, cuando la junta presidida por João Baptista de Oliveira Figueiredo dio paso a la democratización del país. El gobierno de Bolivia, una de las naciones más inestables del continente, de 1964 a 1982, pasó a manos de los militares. Esos 18 años de jefatura castrense dejaron por herencia una gigantesca deuda externa y la hiperinflación. La sustitución de militares por gobiernos civiles no significó prosperidad y tranquilidad para los bolivianos. En Uruguay la llamada dictadura cívico-militar se extendió de 1973 a 1985. En el Cono Sur las dictaduras más criminales fueron: Jorge Rafael Videla, Argentina 1976-1981, con el llamado Proceso de Reorganización Nacional, y Augusto Pinochet, Chile 1973-1990.

Los dictadores de ese período, en primer lugar y de manera destacada en Chile, reclutaron tecnócratas políticamente asépticos y promovieron políticas de ajuste macroeconómico, sin atención a los problemas de los trabajadores y de los sectores medios. Los dictadores debieron pagar los intereses de la deuda externa acumulada lo cual agravó aún más la situación de poblaciones sin protección social. Unas cifras ilustran la grave situación en referencia, “El año 1981 pasará a la historia como el peor en la economía de la región de los últimos 40 años. Y mucho me temo —decía en 1983 Enrique Iglesias— que el año en curso sea aún peor. El producto bruto cayó al 1.7%, lo que es bastante inferior al crecimiento de la población con lo cual el ingreso per cápita ha decrecido durante el año 1981. La inflación casi llegó a los niveles más altos del año, alcanzando un promedio cercano al 60%. El déficit de la balanza de pagos, del orden de los 38 mil millones de dólares, obligó a recurrir a nuevos financiamientos externos, especialmente privados, que llevaron la deuda a niveles que ya bordean los 240.000 millones de dólares a fines de 1981” (Iglesias, 1983: 41-44)⁴.

La resistencia al autoritarismo tuvo características propias en cada país. Cuando maduraron las condiciones y la incidencia de la crisis económica mundial de los años '80 concatenadas con otros factores políticos internacionales hicieron su aporte, las dictaduras se desestabilizaron una a una y la transición al sistema democrático avanzó firmemente. Por primera vez en dos largas centurias la mayoría de los presidentes latinoamericanos surgieron de procesos electorales, el acto de sustituir pacífica y constitucionalmente a los gobernantes nos acercó a las naciones civilizadas del mundo globalizado. Serias amenazas y grandes fortalezas, pero en escala continental comenzamos a vivir el período más prolongado de continuidad democrática.

⁴ Enrique Iglesias. Uruguayo. Economista y profesor universitario, fue miembro del Consejo del Instituto Latinoamericano de Planificación Económica y Social (ILPES), consultor del Banco Interamericano de Desarrollo (1968-70), en 1983 era Secretario Ejecutivo de la CEPAL.

DICTADURA COMUNISTA

“Al igual que la mayoría de las palabras que han desempeñado un papel importante en la historia de la humanidad, los términos “libertad humana” y “liberación” conllevan múltiples significados. Sin embargo, parece haber uno que es nuclear, central, mínimo, común a las diversas acepciones de la palabra, y que significa “ausencia de restricciones”. Más específicamente, ausencia de coacción por parte de congéneres específicos o sin especificar” (Isaiah Berlín, 2006).

En la segunda mitad del siglo pasado la humanidad aceptó sin alarmarse la mimetización de los regímenes de fuerza, las dictaduras de todo tipo querían parecer democracias, en lo que podía entenderse como un reconocimiento al triunfo de las ideas sobre las armas. En ese juego de máscaras a escala planetaria el totalitarismo comunista soviético desarrolló la perfecta escuela de las apariencias; comenzó por llamar a las naciones ocupadas en el este de Europa “Repúblicas Democráticas” y las equipó con constituciones, elecciones, parlamentos, prensa, sindicatos, asociaciones, llegando al límite de la simulación al permitir el funcionamiento o crear otros partidos políticos paralelos al Partido Único. Parapetos que en la práctica utilizaron los dictadores rojos y también los autócratas no comunistas, para legitimar su poder en sectores internos y hacia el exterior. En la sociedad globalizada, cada vez más comunicada, con instituciones internacionales vigilantes de los derechos humanos, el enmascaramiento de los autoritarismos frente al mundo es hoy política de Estado.

En Latinoamérica un movimiento autoritario amenaza de nuevo a la democracia, identificarlo con precisión deja de ser exquisitez académica, pues la ausencia de claridad acerca de su carácter y propósitos ha resultado un obstáculo mayor en el diseño de planes para contenerlo. El caudillismo y el populismo que ocuparon la escena política en los siglos XIX y XX, se presentan en el XXI con las mismas viejas fórmulas redentoras. Sus líderes conservan el discurso anti-imperialista, anti-oligarca, estatista y tercermundista, con declaraciones remozadas y ponen gran empeño en la encendida defensa de la democracia, acompañada en algunas situaciones del auto-reconocimiento de sus fines socialistas o comunistas. Promueven elecciones y mantienen la ficción de la separación de poderes.

El autoritarismo del siglo XXI en Latinoamérica no puede recibir sin mayores explicaciones los bautizos ocasionales de izquierdista, fascista, socialista, totalitario o populista revolucionario, por citar sólo algunos de los ocasionales nombres utilizados. Ese movimiento contiene en sus actos y en sus pocas e incoherentes definiciones programáticas elementos de todas esas opciones ideológicas, por lo tanto no es descabellado proponerse, y de hecho encontrar “pruebas” que sustenten cualesquiera de las denominaciones que hacen científicos sociales, comunicadores y políticos. Nosotros también vamos a intentar el razonamiento (y

podemos encontrar “pruebas”, si nos son exigidas) con unas cuantas líneas previas acerca de esa endemia continental que ha sido y es el populismo.

El populismo latinoamericano del siglo XX, continuidad política y social del caudillismo del siglo XIX, es una forma de construir y transmitir un discurso histórico nacionalista que engrana y justifica perfectamente la acción del “movimiento” en el presente y le permite diseñar el futuro de nuestras sociedades. Los regímenes populistas tiene un típico estilo de gobernar, pero en general estamos frente a una ideología que se mimetiza en todas las formas de gobierno. Sin profundizar en mayores secretos ni complejidades es posible hacer el boceto de esos gobiernos y de la manera de actuar en política y en economía: un jefe cuya voluntad está colocada por encima de la constitución y las leyes, es a la vez dueño del movimiento político y social que lo sigue y responde sólo a su voluntad. Él encabeza la lucha permanente para derrotar la oligarquía. “Pueblo contra oligarquía” sustituye las desgastadas consignas decimonónicas de lucha de clases. Los oligarcas son todos los enemigos internos del líder: partidos políticos, profesionales, industriales, iglesia, universidades, dirigentes sindicales, estudiantes. También hay unos oligarcas externos enemigos del pueblo: el imperialismo, las empresas transnacionales y los explotadores de nuestras materias primas. “Ellos”, responsables de la miseria y el subdesarrollo, merecen el escarnio y la venganza popular.

Si los jefes populistas (caso Perón en su primer gobierno) tienen abundancia de recursos, igual sirven a los ricos explotadores que a los miserables explotados. Los populistas rinden pleitesía al símbolo Estado, pero el Estado real con su estructura administrativa y funcional es sistemáticamente destruido y sólo permanece una entelequia en manos del líder. El “Estado” es responsable de la felicidad del pueblo, de allí que tenga que ocuparse de la producción y la comercialización de bienes y servicios. Los habitantes del país sin distinción de clases deben entregar vida y propiedades a su cuidado, la participación de las masas en apoyo a ese papel tutelar escenifican una parodia de Democracia (con mayúscula) con apellidos (protagónica, participativa, directa) menos dirigidos a identificar positivamente al régimen, más a negar la democracia representativa. Fariseos en el lenguaje y en la acción.

Hoy encontramos en algunos países latinoamericanos bastantes elementos caros al populismo tradicional, pero debemos preocuparnos de otros rasgos y propósitos que establecen una diferencia sustantiva, que les da entidad suficiente de una postura que podemos llamar Comunismo Latinoamericano. Los movimientos políticos retrógrados con plataformas programáticas del siglo XIX o, en el mejor de los casos, propias de los años sesenta de la centuria anterior, cuando las “teorías liberadoras” tenían todas una fundamentación ideológica totalitaria con la cual marcaban profundas y declaradas diferencias con el pen-

samiento democrático, conforman una conspiración bien orquestada desde Cuba. Los lineamientos básicos surgieron del Foro de Sao Paulo, formalmente fundado por el Partido de los Trabajadores de Brasil en 1990, ejecutor de una iniciativa del dictador vitalicio Fidel Castro Ruz, promotor y guía del Foro y de su estrategia política continental hasta el presente. (El representante de Fidel Castro Ruz en Sao Paulo fue Manuel Piñeiro, alias Barbarroja, fundador del aparato de seguridad en Cuba y secreto patrocinador de casi todos los movimientos armados del continente).

Después de la caída del Muro de Berlín y la implosión de la Unión Soviética, así como la evidencia del fortalecimiento de la democracia y de la economía de mercado, el Foro de Sao Paulo se propuso unir partidos y organizaciones de izquierda; la primera cita la hicieron con el nombre de *Encuentro de Partidos y Organizaciones de Izquierda de América Latina y del Caribe*. Reunieron 48 organizaciones de 22 países latinoamericanos y caribeños, vinculadas por el tradicional pensamiento izquierdista caracterizado por la fobia a la civilización. En la segunda reunión, México de 1991, decidieron llamarse "Foro de São Paulo" con el objetivo de construir un modelo alternativo a la democracia y a las políticas de modernización y desarrollo en el continente, que desde ese momento comenzaron a satanizar con el adjetivo "neoliberales", calificativo nunca bien definido pero que significa todo lo que debe ser rechazado. La reunión de 1995 tuvo lugar en Montevideo y contó con un nuevo socio, el Tte. Cnel. Hugo Chávez F., y su "Movimiento Revolucionario Bolivariano 2000". El Tte. Cnel., primero furibundo abstencionista, fue luego convencido por políticos venezolanos de la vieja guardia de las ventajas de utilizar los procesos electorales de la democracia representativa. Con esas asesorías participó en los comicios de 1998, y aprovechando una aguda crisis del sistema resultó electo en 1999 Presidente de la República de Venezuela por el voto universal, directo y secreto.

En la variopinta lista de epígonos del Foro hacen vida activa desde bandas terroristas (entre otras, son miembros la FARC y ELN de Colombia) hasta asociaciones ecologistas; además, ese pensamiento tiene espacio natural entre comunicadores, militantes de partidos democráticos e ingenuos profesores y estudiantes universitarios, que repiten las monsergas anticapitalistas, anti-norteamericanas, anti-globalización, sin detenerse a reflexionar acerca de quiénes las inventan y a qué intereses sirve ese discurso sobre soberanía económica, antiglobalización, derechos de los pueblos indígenas, democracias participativas y otras frases del viejo repertorio de la izquierda. Bueno es recordar los objetivos del Foro, porque con un lenguaje de artificios ideológicos y acciones cada vez más audaces, encubren su razón de ser: apoyar la dictadura de los hermanos Castro y promover por cualquier vía, en las actuales circunstancias preferiblemente la vía electoral, la instauración de gobiernos comunistas en Latinoamérica.

El Foro de Sao Paulo tiene mucho que ver con las intrigas desestabilizadoras en los ordenes político, social, económico y “diplomático”; así como en las acciones de propaganda y agitación que ocurren semana tras semana en Latinoamérica, pero su actividad no puede ni debe en ningún momento identificarse con la causa de nuestros problemas, sería un grave error. Es cierto, del lado de los demócratas se siente la ausencia de una acción enérgica, coordinada, permanente, de amplios horizontes, en defensa de la libertad, pero los espacios tomados (Venezuela, Bolivia, Ecuador y Nicaragua) por los caudillos iluminados pertenecían cada uno a democracias debilitadas, a un contexto específico y unos factores históricos, políticos, económicos, sociales e institucionales particulares, que explican el fatal desenlace de esas situaciones nacionales. De todas maneras, reiteremos la urgencia de sumar al contexto y a los factores aquí enumerados la acción anti civilización de los arrogantes revolucionarios, esas personas convencidas de que están dotadas por los dioses para guiar a sus conciudadanos hacia la tierra prometida.

Dice Carlos Alberto Montaner (2001: 185), “¿Quiénes son estos patéticos personajes consagrados a hacer el bien y lograr el mal? Quiero decir: ¿Quiénes son esos voluntariosos revolucionarios? (...) son quienes padecen (...) ‘la fatal arrogancia’ Son esas personas que creen saber lo que a la sociedad le conviene producir y lo que le conviene consumir mucho mejor que el mercado. Son esas personas convencidas de que están dotadas por los dioses o por los conocimientos infusos obtenidos de sus ideologías para guiar a sus conciudadanos hacia la tierra prometida, aunque tengan que hacerlo a latigazos y con el auxilio de perros guardianes, porque parece que no hay otra forma de mover a los rebaños en busca de destinos no solicitados”.

Si vemos solamente la estrategia continental de los arrogantes corremos el riesgo de quedarnos en la superficie perversa de los hechos, que no puede ser subestimada ni tampoco confundida con los fundamentos de las diversas crisis. Hay que hurgar en la historia del continente para encontrar las razones estructurales de la catástrofe que nos amenaza. Buscarle explicación a la insuficiente capacidad tecnológica y de competitividad empresarial en la economía global, a la inestabilidad financiera, a la exclusión social, al deterioro del medio ambiente y la creciente distancia entre el Estado y la sociedad, a la precariedad de las instituciones, ese es el desafío que tienen intelectuales, políticos y gobiernos democráticos latinoamericanos. Tomar en cuenta, por ejemplo, que el gasto en investigación y desarrollo de los países de las Américas en promedio para el 2006, fue de un 0,53% del PIB. Mientras que en los países de la Organización de Cooperación y Desarrollo Económicos (OCDE) llegó a un 2,3% del PIB, según datos de 2008. A esa diferencia desfavorable hay que agregarle la siguiente observación, el valor general dado encubre la presencia de los dos países de mayor desarrollo relativo de América del Norte, que exhiben proporciones similares al promedio del conjunto de los países desarrollados. En las Américas el

promedio del gasto en investigación y desarrollo en porcentajes del PIB, es apenas superior a 0,5. Sólo cuatro países muestran indicadores por encima de ese promedio: Estados Unidos con más de 2,5, Canadá cerca de 2, Brasil 1 y Chile 0,7 (CEPAL, 2009).

En Latinoamérica, riqueza y pobreza extrema se juntan recreando el ambiente propicio para el regreso del caudillismo, nunca radicalmente extirpado de esta geografía. La situación de pobreza es una constante que se muestra resistente a los cambios políticos, una cantidad significativa de población no cuenta con los recursos para satisfacer sus necesidades básicas. Si bien en los últimos años la distribución del ingreso ha mejorado en alguna medida, la inequidad permanece como uno de los rasgos distintivos de los países de las Américas, en comparación con otras regiones (CEPAL, 2009). En la raíz de esta crisis crónica se encuentran problemas que se manifiestan con diferente intensidad en distintos países del área. Los organismos técnicos siguen evaluando índices, esos números que no le hablan al estómago de los desempleados, aunque expresen disminución de los males no son significativos en transformación de las condiciones sociales que contradicen el mensaje democrático de bienestar general, “se observa –dice la CEPAL– que el porcentaje de población que vive con menos de 1,25 dólares diarios expresados en paridad del poder adquisitivo (PPA) en América Latina y el Caribe se redujo del 10,9% (1996) al 8,2% (2005), lo que representa una disminución moderada. A su vez, en 2005 la incidencia de la privación extrema en las Américas resultaba bastante baja en comparación con otras regiones del mundo” (2009: 24).

Vistos en la perspectiva del Foro de São Paulo el conjunto de fenómenos políticos, insurreccionales y de narcotráfico que recorren el continente (el intento frustrado de apoderarse del gobierno en Honduras, los levantamientos “indígenas” en Perú, la intromisión descarada en los procesos electorales de los países del área) van más allá de su carácter local y se articulan en una estrategia continental encaminada a cumplir los viejos sueños de Castro. La amenaza comunista ha entrado en una fase de retroceso, pero sería ingenuo estudiarla como un peligro del pasado reciente encerrado en las fronteras de Venezuela, Bolivia, Ecuador y Nicaragua, las condiciones sociales, culturales, políticas, económicas, así como la debilidad de elites latinoamericanas que facilitaron el ascenso del autoritarismo se presentan en otros países de la región y el peligro no puede soslayarse.

Nombrar el comunismo latinoamericano contemporáneo, darle una identidad, diferenciarlo del tradicional populismo, señalar sus rasgos manifiestos y las intenciones declaradas de sus líderes prominentes es un ejercicio político urgente, porque ese movimiento disfruta de la ambigüedad. En el siglo XXI ningún dictador acepta su condición y se autocalifican demócratas incluso cuando prometen construir el socialismo y hasta la sociedad comunista.

Al intento de una definición lo sustenta un corpus abundante. Seguimos el procedimiento práctico de recopilar las declaraciones que ellos hacen y de observar la orientación manifiesta de copiar el modelo cubano con aditamentos diversos en los que destaca el indigenismo. Se dicen seguidores de la doctrina marxista y, aunque estén lejos del pensamiento de Marx, incorporan por su sonido categorías teóricas. Es posible aislar en el discurso y en el comportamiento “pruebas” del carácter populista, del fascismo, de la dictadura tradicional, del totalitarismo, porque al fin y al cabo prima sobre la ideología la voluntad de mantenerse en el poder y para ello todo vale. Por tal razón, el declarado objetivo de acabar con el capitalismo, el reconocimiento del líder supremo Fidel Castro, el desconocimiento y destrucción de la propiedad privada y el proyecto de educar “un hombre nuevo”, nos indican que estamos en presencia de algo que bien puede acercarnos a una definición de comunismo latinoamericano.

FRANQUICIA ROJA

“No debemos identificar la democracia con el gobierno de la mayoría. La democracia tiene exigencias complejas, las cuales ciertamente incluyen votar y el respeto por los resultados electorales, pero también requiere la protección de las libertades, respeto a las disposiciones legales, la garantía de la libre discusión y de difusión de información no censurada, así como de juicios apropiados. Aún las elecciones pueden ser profundamente defectuosas si ellas se realizan sin que las diferentes opciones tengan una oportunidad adecuada para presentar sus opiniones, o sin que el electorado tenga la libertad para obtener información y comparar las opiniones de los distintos protagonistas. La democracia es un sistema exigente, y no sólo una condición mecánica (como el gobierno de la mayoría) tomada aisladamente” (Amartya Sen, 2002).

Consideración especial merece Venezuela por el agresivo rol que ha jugado en la última década actuando de financista y parlante principal de la avanzada antidemocrática continental. El país fue en el mundo un ejemplo de funcionamiento de la democracia representativa. En 40 años (1958-1998) se alternaron en el poder ejecutivo ocho presidentes electos, con una oposición activa en el Congreso y el desenvolvimiento políticamente limitado del Poder Judicial. Los medios de comunicación y los partidos políticos hicieron su trabajo en un ambiente de libertad. El capitalismo de estado sostenido en la renta petrolera masificó la educación y protegió la salud de los venezolanos. El sistema se mantuvo por sus logros económicos y sociales, pero no quiso o no pudo ver el agotamiento del modelo ni fue capaz de superar sus limitaciones ni enmendar a tiempo las fallas. Cuando los índices del bienestar bajaron y los indicadores de pobreza subieron a más del 80%, ya las elites habían perdido contacto con la población y las maquinarias igual ganaban elecciones que inventaban empresas y negocios de dudosa factura amparados en las ventajas oficiales.

Las direcciones partidistas colocadas frente a un acto político fundamental que resultó definitivo para la vida de la democracia, convirtieron en un sainete las elecciones presidenciales de 1998. Confirmado el triunfo del Tte. Cnel., entregaron mansamente las instituciones amañando fórmulas contemporizadoras en oprobiosas violaciones a la Constitución Nacional. Desaparecieron –y no fue por arte de magia– el Congreso y la Corte Suprema de Justicia. Tal y como lo habían programado y publicado en libros y panfletos el Tte. Cnel. y los demás golpistas de 1992. Emergió la Asamblea Constituyente, piedra angular del proyecto revolucionario para destruir las instituciones democráticas representativas. Las elites dirigentes, jefes partidistas, magistrados, autoridades de las cámaras legislativas, militares, dueños y directivos de medios de comunicación, gremios profesionales, cámaras de industriales, y en general, los que tenían una voz que podía ser oída, entregaron el país abandonando el deber de defenderlo legalmente de las violaciones que se estaban perpetrando a la Constitución y a las Leyes Nacionales. La inconsecuencia de la clase política puso de manifiesto la fragilidad institucional de la democracia venezolana.

La dinámica política autoritaria en Venezuela, durante la última década, constituye una experiencia invalorable para los enemigos de la civilización, los lineamientos del Foro de Sao Paulo se enriquecen y los cubanos perfeccionan el modelo de acción, de tal manera que existe una franquicia roja puesta en práctica con éxito y ajustada progresivamente en Bolivia, Ecuador y Nicaragua. Diferente es el panorama de un grupo de países que en teoría fueron incorporados por los analistas políticos latinoamericanos y europeos al mismo “bloque de izquierda emergente en el continente”, razones varias, muy complejas, contingentes unas e históricas y trascendentes otras –entre las que hay que destacar la fortaleza institucional– negaron tan profundas y entusiastas conclusiones.

La dictadura supone la negación de todos los requisitos mínimos necesarios de un régimen democrático. Los dictadores aspiran y necesitan dictaduras absolutas, totales, como en Corea del Norte o en Cuba, pero ese ideal les resulta muy difícil en nuestros días de comunicación y economía global. Uno de los valores de la mundialización cultural y política es la democracia, por eso los dictadores se llaman a sí mismos demócratas y a sus dictaduras democracias. Y por esa razón hacen elecciones y toleran ciertas libertades. Establecer grados de democracia y encontrar la línea amarilla que la separa de la dictadura es para los políticos y para los académicos un problema práctico no teórico, aunque la manera de analizarlo, el enfoque del fenómeno y las decisiones que a cada quien corresponde sean diferentes. Por último, y no es un dato secundario, hay que observar la vocación dictatorial e incluso totalitaria de los gobernantes. No son necesarias cualidades adivinatorias, porque ellos la expresan en discursos y panfletos cuando ofrecen un futuro de libertad e igualdad para el pueblo, así como en constituciones que privilegian al máximo al Estado sobre el ciudadano

con definiciones en apariencia contradictorias (donde los juristas, con toda razón, indagan contradicciones en la estructura de los textos formales, los políticos deben analizar la coherencia del pre diseño totalitario) también por la creación de fuerzas paramilitares y el copamiento del aparato administrativo público con efectivos castrenses activos y retirados.

El núcleo del discurso del Comunismo Latinoamericano es la descalificación, la prédica del odio y la exclusión de los enemigos. Reinventan la historia haciendo coincidir lo que según ellos es el mensaje y la acción de los libertadores con la ideología comunista latinoamericana del siglo XXI. Es la estrategia ideológica de todos los autoritarismos del mundo en todas las épocas. Nueva narrativa y nuevos mitos justifican la cruzada, continuación necesaria de las luchas del pasado traicionadas desde la colonia por los mismos lacayos del imperialismo (burgueses, capitalistas, oligarcas). Simón Bolívar es el Dios por fin reivindicado para más nunca ser traicionado. La misión histórica de liberar la Patria Latinoamericana y construir el comunismo justifica hoy con creces todos los sacrificios, mañana la felicidad del pueblo está garantizada por los líderes revolucionarios en el poder. Las oligarquías del continente representantes del imperialismo constituyen el obstáculo que la revolución barrerá sin contemplaciones, sin diálogo, sin tolerancia. El pueblo tiene la obligación de hacer la guerra para cumplir los objetivos sagrados. El culto a la violencia y a la muerte enaltece porque es la continuación de las epopeyas militares de nuestros defraudados libertadores y justifica la confrontación sin límites entre las razas preteridas (indígenas y negros) y los enemigos blancos oligarcas.

La Patria es América Latina. La unidad de los pueblos del sur podrá hacer frente al imperialismo. Simultáneamente agitan la bandera del nacionalismo. Presentan diversas propuestas, no importa si son contradictorias porque todas ellas encuentran explicación en sus fantasiosas versiones de la historia. Argumentos ideológicos con poca originalidad y menos consistentes pero más eficaces, que los razonamientos utilizados por las teorías del desarrollo económico del continente que tuvieron su propia explicación de las causas del subdesarrollo y de la distancia que nos separaba de Europa y los Estados Unidos.

La división en bloques irreconciliables está convertida en una política estratégica de la franquicia roja que la promueve al plano continental, a las relaciones entre los países y a los organismos de cooperación política o económica. Innumerables acontecimientos reflejan esa afanosa búsqueda de constituir bloques, de un lado los que se someten al imperialismo, del otro, "los pueblos latinoamericanos". El cambio de imagen en la presidencia y de estilo en las relaciones con Latino América que se produjo en los Estados Unidos, la diplomacia conciliadora del Brasil y la firmeza política de Colombia, destacan entre diversos factores

políticos, económicos, institucionales e incluso culturales, que están obstaculizando el proyecto comunista.

La orientación más dura de aceptar por los gobernantes serios de la región es la propuesta de entregar en manos extrañas la conducción de la nación. La soberanía sobre el territorio nacional y la externa en las relaciones con Estados y organizaciones internacionales es una condición para que exista democracia, si fuerzas distintas a los electores dictan pautas y llegan incluso a asumir el control parcial de los espacios o las estrategias oficiales con el consentimiento de los gobernantes, estos incurren en la violación del contrato con los ciudadanos y la democracia queda disminuida o desaparece, según el tipo e intensidad de la intervención. Los comunistas latinoamericanos del siglo XXI abjuraron de la soberanía, la participación cubana en la conducción de los asuntos nacionales es abierta, formalizada mediante convenios, reconocida y justificada por los gobiernos de Nicaragua, Ecuador, Bolivia y Venezuela. En la Habana se planifica la política continental y desde su guarida de enfermo el dictador toma las decisiones fundamentales. A las repúblicas populares de Europa del este la intervención rusa le impuso el control interno y asumió la política internacional, en Latinoamérica –caso insólito– la intervención es solicitada y generosamente remunerada, creando oprobiosa dependencia voluntaria.

La superficialidad en el juicio que hacen de tan grave asunto la mayoría de los dirigentes políticos latinoamericanos, el oportunismo de las elites en el continente y la grosera utilización de los petrodólares en un ambiente de lenguaje agresivo y silencio cómplice, han creado una imagen falsa de la situación actual. La polarización verbal constituye un eficaz instrumento para ocultar las diferencias reales que existen en políticas, programas económicos y estilos gerenciales de los gobiernos latinoamericanos. En el plano de la comunicación reina un juego perverso del cual participan involuntariamente los medios y los políticos profesionales que utilizan con exagerada ligereza nociones de taxonomías ideológicas clásicas, que en décadas precedentes funcionaron en el lenguaje común transmitiendo relativa precisión a los temas del día. Un ejemplo es la categoría socialismo, con la cual pocas veces sabemos si nos están hablando de posiciones libertarias, doctrina estatal, estado asistencial, socialismo real o comunismo. Otro ejemplo válido, es la desaparición casi total del ordenamiento espacial de las agrupaciones partidistas en centro, centro izquierda o centro derecha, connotaciones que lograban en contextos específicos señalar y relacionar variantes ideológicas y políticas, hoy las pronunciamos ocasionalmente pero vacías de contenido. No es un reclamo con el propósito de traer al lenguaje de la política y el diarismo los conceptos de uso en la academia para explicar fundamentos históricos de la teoría social. El asunto tiene interés porque restringidos a la falsa dicotomía “nosotros” (nacionalistas, indígenas, socialistas, latinoamericanos, autóctonos, tercermundistas, revolucionarios, comunistas) y

“ustedes” (oligarcas, blancos, capitalistas, conquistadores, imperialistas), se borró artificialmente la complejidad del cuadro político y creció la dificultad para comprender y utilizar adecuadamente las diferencias.

Una víctima de la polarización verbal ha sido la socialdemocracia. En Latinoamérica avanza una corriente socialdemócrata calificada simplemente de izquierda y valorada con mezquindad por el grado aparente de acercamiento con la franquicia roja. Los triunfos de Tabaré Vázquez, Uruguay (01.03.2005), Michelle Bachelet, Chile (11.03.2006) y Lula da Silva, Brasil (01.01.2003), tres líderes de partidos y coaliciones partidistas de particulares características nacionales dieron lugar a la expresión “la hora de la izquierda”, superficialmente justificada por la militancia intelectual y política de los elegidos y de las organizaciones que los apoyaron. Datos para estar alerta, pero insuficiente para sacar conclusiones absolutas. Los hechos hablan. En Chile fue electo en enero 2010 Sebastián Piñera Echenique, candidato de la “Coalición por el Cambio” una agrupación de centro derecha. En Uruguay se impuso José Mujica el candidato de la izquierda. Brasil está en proceso de elecciones. En los tres países se consolida la democracia representativa y el respeto a la propiedad. La orientación dominante es la economía liberal con estabilidad macroeconómica, equilibrio fiscal, apertura del mercado, inversión privada nacional y extranjera. Predominan las corrientes reformistas, con fuerzas internas radicales que pueden en algún momento ser decisivas electoralmente en el interior de las coaliciones, pero fuertes limitaciones institucionales actúan cual bridas para evitar extremismos desbocados. Estamos en presencia de partidos de orígenes proletario y popular desarrollados en conjunto con los sindicatos y de un pasado de luchas frente a las dictaduras. Partidos que han evolucionado y están formando gobiernos más cercanos a la socialdemocracia europea que a los comunistas coreanos o cubanos, y por lo tanto, en el balance de fuerzas continentales deben entrar en la suma política democrática al lado, entre otros, de México, Colombia, Perú, Panamá y Costa Rica, con los cuales tienen en común el sistema de partidos plurales y la apertura al mercado que les ha permitido mantener el éxito económico en este momento de crisis mundial. Es evidente entre ellos la diferencia en el lenguaje diplomático o en la manera de tratar las relaciones comerciales; y más profundas en temas como las reformas tributarias, los sistemas de pensiones o de salud. Visiones encontradas frente a viejos problemas, aunados a los nuevos que son consecuencia de la débil inserción de Latinoamérica en la sociedad globalizada

CONCLUSIONES

1. En este trabajo hablamos de las amenazas populistas y dictatoriales a la democracia representativa, también de las debilidades y fortalezas del sistema; recurramos ahora a Raymon Aron en el escabroso tema de las limitaciones que

encuentran los amantes de la libertad para defenderse sin traicionar los fundamentos. Dice Aron (1999: 110-111), “¿es cierto que la democracia, por principio, debe tolerar a aquellos que quieran destruirla? (...) Por definición, la competición está hecha para aquellos que aceptan las reglas de la competencia pacífica. A partir del momento en el cual los individuos o los grupos plantean que están contra del sistema, que ellos son hostiles al sistema y que quieren destruirlo, los que acepten el sistema tienen todo el derecho de defenderse. Esto no es contrario al principio”. Esta afirmación general luce opuesta a la conducta asumida en diversas ocasiones por los demócratas venezolanos y latinoamericanos, ya decíamos anteriormente, que cedieron en situación de crisis, con partidos descompuestos, baja moral de los dirigentes y debilidad de las instituciones republicanas. Hay algo más que va al fondo del asunto, que no depende sólo del posible agotamiento del modelo de las capacidades de las elites; continúa Aron, “La dificultad está en otra parte: si no dejamos ser libres a los hombres a partir del momento en que están contra el sistema, si las libertades sólo son dadas a los que aman la libertad, entonces caeremos en la fórmula que postula el despotismo integral en nombre de la libertad. En teoría no hay ninguna dificultad para que los partidarios del sistema democrático se defiendan. Desde el punto de vista práctico es difícil, porque no se sabe de manera exacta dónde situar el límite a partir del cual la oposición es ilegítima, es decir, el punto del que no se tiene derecho a participar en la competición”.

2. No estamos condenados por la historia o alguna fuerza sobrenatural a permanecer en eso que se ha llamado el subdesarrollo. Estudiamos el presente con el firme convencimiento de que las culturas evolucionan, observamos las políticas que en nuestro tiempo han servido para que diversas naciones salgan de la miseria o consoliden la prosperidad, cuando esta ya existía. Debemos ocuparnos de los países que prosperaron económicamente y consolidaron el estado de derecho, ese es un buen ejemplo a seguir, porque América Latina siempre importó ideas de Europa y de los Estados Unidos sin lograr una siembra duradera de principios y formas de gobernar civilizados.

Es procedente volver a discutir los más relevantes experimentos aunque hayan fracasado. Se dirá que tales análisis se hicieron en diferentes etapas de la vida republicana y desde variadas perspectivas teóricas; es cierto, mas hoy tales reflexiones tienen otros referentes en Europa y en Asia. Los latinoamericanos, como “los dragones asiáticos” (Singapur, Corea del Sur, Taiwan, Hong Kong), o como España e Irlanda –cada uno en su momento y en sus específicas condiciones– pueden colocarse en el mismo nivel económico y científico de Estados Unidos, Canadá, Alemania o Japón. Cerrar la brecha entre los países avanzados y las naciones retrasadas siguiendo cada país su propio camino, sin regresar a los modelos del modernismo y las etapas del desarrollo, significa mejorar en el plano económico y en el social, igualar y superar también cifras de producción, de resultados educativos, de empleo de calidad, de estabilidad macroeconómi-

ca, de transparencia en la ejecución gubernamental, y un largo etcétera de esa realidad que eleva las condiciones de vida de los ciudadanos. Ciudades y estilos de vida que los pobres de América Latina conocen y anhelan para ellos. Es imposible engañar a todos, todo el tiempo, por eso emigran de sur a norte y no en sentido inverso; van de Cuba a la Florida, de Ecuador y Bolivia a España, de Nicaragua a los Estados Unidos, y los nuevos migrantes, técnicos y profesionales venezolanos, peregrinos en busca de trabajo y libertad.

“Un rasgo distintivo de la realidad demográfica de la región es la intensidad de los flujos migratorios. En lo que se refiere exclusivamente a América Latina y el Caribe, los migrantes constituyen una proporción superior al 13% del conjunto de los migrantes internacionales del mundo, porcentaje que supera la proporción de la población de América Latina y el Caribe en la población mundial, que es del 8%. Si bien los Estados Unidos ostentan una posición hegemónica como país de destino de las personas emigrantes de América Latina y el Caribe, en las últimas décadas se ha observado una diversificación de las corrientes cada vez más acentuada (CEPAL, 2009: 9).

3. Teóricos y políticos marxistas latinoamericanos –pocas y notables las excepciones– trataron siempre de adaptar la sociedad a la teoría, imaginaron etapas históricas bien delimitadas, con su período feudal y las condiciones para esperar la transformación capitalista y la revolución socialista. Fieles a la ortodoxia vieron burguesía y proletariado en donde había sociedades agrícolas inestables escasamente integradas. Después les fue facilitado incorporar “nuevas” categorías descubiertas en los escritos de Marx. ¡En hora buena, el padre fundador sí se había preocupado de las estructuras sociales más allá de las fronteras de Europa! En ese largo camino se atravesó la revolución que estremeció a los partidos comunistas de América Latina. La llegada de los guerrilleros a la Habana demostró otra forma de alcanzar el socialismo, el método fue inmediatamente exportado, practicado con terquedad, sin escatimar esfuerzos y abandonado después de fracasar rotundamente. De la etapa heroica sólo quedaron los jóvenes inútilmente sacrificados, la palabra altisonante y el pragmatismo de la política cubana de sobrevivencia. Los izquierdistas dejaron a un lado la metodología ‘foquista’ de los sesenta, sin negarla ni apartarse del propósito de conquistar para el socialismo otras naciones latinoamericanas y del Caribe, atravesando las puertas abiertas de las débiles democracias representativas. En esa línea de operación el Foro de Sao Paulo creado por Fidel Castro, ha desarrollado un modelo de exportación que cabalga en el perfeccionamiento de la experiencia venezolana extendida a Bolivia y Ecuador; se trata de la franquicia roja para penetrar todo el continente: un programa y un discurso para la toma del poder y conformar gobiernos comunistas en Latino América. El modelo es la inacabada Revolución Cubana. ¡50 años de control absoluto de la economía y todavía exigen sacrificios para construir el socialismo! Complementan el modelo anti civilización con unas difusas declaraciones de principios comunistas y el

indigenismo. Están en franco retroceso pero continúan moviendo sus fichas, el cuadro político y social del continente demanda por lo tanto serias reflexiones.

4. ¿Cómo debe comportarse la democracia frente a las fuerzas que vuelven contra ella sus propios recursos? ¿cómo prohibir la participación en elecciones a grupos que desean hacerlo y reúnen formalmente las condiciones legales establecidas? El problema pone en discusión los principios básicos del sistema. Si un partido dice abiertamente, cuando gane las elecciones suprimiré la competición pacífica, como lo hizo Hitler en Alemania, ¿qué debe hacer la democracia? La democracia tiene que defenderse, ¿cómo hacerlo sin traicionarse? Raymond Aron (1999: 109-111) dice, "La democracia no se define por el hecho de que ella diga: aquel que no desee el régimen de competición pacífica, puede hacer cualquier cosa para destruirlo" (...) "No hay en esto, sin embargo, un problema interesante desde el punto de vista teórico" (...) "Como siempre, no hay una solución radical; en tales casos impera el sentido común". Agregamos nosotros: identificando lo que se debe hacer en cada caso, sin dogmas y apegados a la condición de demócratas para que ese sentido común acierte. No hay garantías sobre la conducta a seguir, pero las respuestas dependerán de la fortaleza de las instituciones de la calidad de las elites políticas.

REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

- Amartya, Sen (2002), *La democracia como valor universal*, (traducción libre de Analítica Research) Jueves, 9 de mayo de 2002, <http://www.analitica.com/va/economia/>
- Aron, Raymon (1999), *Introducción a la filosofía política. Democracia y revolución*, Paidós Ibérica, S. A, Barcelona-España.
- Berlin, Isaiah (2006), "¿Qué es la libertad política?", *Letras Libres*, 56, 1-07, Vuelta, México.
- CEPAL (1969), *EL pensamiento de la CEPAL*, Universitaria S. A., Santiago de Chile.
- Iglesias, Enrique (1983), "La crisis económica mundial y las opciones de América Latina", *Nueva Sociedad*, 65, marzo-abril, Caracas.
- Montaner, Carlos Alberto (2001), *Las raíces torcidas de América Latina*, Plaza & Janés Editores, S. A. Barcelona-España.
- North, Douglass (2001), *Instituciones, cambio institucional y desempeño económico*, Fondo de Cultura Económica, México.
- Sartori, Giovanni (2007), *¿Qué es la democracia?*, Taurus, Madrid.